

L E O N T R O T S K Y

Por ALEJANDRO CHELEN R.

Hace 20 años, un sicario al servicio del stalinismo de entonces, asesinaba en México a León Trotsky, una de las figuras más sobresalientes del pensamiento marxista revolucionario.

Fue muerto en los momentos en que se desencadenaba la Segunda Guerra Mundial y a poco del aplastamiento de la Revolución Española por las hordas fascistas. Las "purgas" realizadas en Moscú y que alcanzaron a todo el aparato de la Tercera Internacional a través del mundo, terminaron con la vida de toda la vieja generación bolchevique. Trotsky, que había sido deportado en 1928, logró sobrevivir lo suficiente para relatar en páginas admirables su defensa a la acusación de traidor que internacionalmente le formulara el stalinismo.

"La revolución devora siempre a sus mejores hijos" —ha dicho un escritor. El caso de Francia repitióse en Rusia con mayor ferocidad. El Comité de Salud Pública decapitó a los más abnegados revolucionarios, posibilitando el thermidor y la instauración del régimen bonapartista. Danton, Desmoulin, Robespierre, Saint Just y otros, pagaron con su cabeza el amor a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad que defendieron heroicamente. Rusia no pudo eludir esta fatalidad. Los caudillos que más se destacaron e hicieron la revolución —excluyendo a Lenin y Stalin— fueron fusilados. La guillotina fue reemplazada por el máuser. Y en los subterráneos de la Lubianka, fueron liquidados bajo la acusación de traidores.

En 1928 Trotsky fue exilado a Alma Ata, después de librar su última batalla dentro del partido en el X Aniversario de la Revolución. Poco después fue deportado a Prinkipo y posteriormente internado en Noruega. En 1933 viajó por un corto período a Francia para regresar a Oslo, en donde permaneció hasta 1936, fecha en que es obligado a abandonar Noruega por presión del gobierno ruso. Ningún pueblo, ni aquéllos de tendencia socialista, aceptaban visar el

pasaporte al irreductible revolucionario marxista. Por fin, México, le ofrece hospitalidad bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, llegando a Veracruz a comienzos de 1937.

Era el período monstruoso de las "purgas", en que uno a uno caían bajo la pistola del verdugo los viejos compañeros de Lenin. Trotsky, durante esos años, fue calumniado y vejado en escala internacional. Acusado de traidor, de estar vendido al imperialismo inglés, al nazismo alemán, a la reacción francesa, al gobierno nipón; de ser agente del capitalismo yanqui y de preparar, mediante golpes terroristas, la caída de Stalin para reemplazarlo por un gobierno capitalista. Se falsificó la historia, destruyendo de ella su nombre; se le borró de los diccionarios; se le negó toda participación positiva en la revolución. Sus hijos morían asesinados; se le perseguía presionando diplomáticamente para que ningún país visara su pasaporte. Pero, con extraordinario convencimiento y épica voluntad, se aferraba a su mesa de trabajo, laborando incansablemente por la revolución. Jamás perdió la fe en un destino mejor para la humanidad. Cada minuto de su admirable existencia, que sabía contada, lo dedicó a la lucha por la clase obrera internacional. Este gigante del pensamiento marxista, único sobreviviente de la generación bolchevique que capitaneaba Lenin en la construcción del primer Estado proletario, tenía fe y plena seguridad en que la razón histórica estaba de su parte. El stalinismo de entonces no podía tolerar que siguiera martillando en la conciencia del proletariado ruso e internacional, con la dialéctica explosiva de sus ideas. Había que eliminarlo, para salvar la burocracia bonapartista encaramada en el poder. Oponían el "culto a la personalidad" y los frentes con la burguesía como muralla de apoyo para contrarrestar la demoledora lógica marxista que Trotsky y sus discípulos esparcían por el mundo.

Desde su expulsión de Rusia por su oposición a los métodos de Stalin y a la teoría del "socialismo en un solo país", con mayor vigor siguió defendiendo el principio marxista de la "revolución permanente". Trotsky demostraba ser el comunista convencido que lo fuera desde su juventud; el igualitario que no admitía privilegios; el enemigo de los parásitos, el apóstol de una sociedad organizada en base a los principios socialistas. Quería evitar la reacción suplantadora de toda revolución, acentuando la lucha contra la vieja sociedad. Quiso ser fiel a su divisa de la "revolución permanente".

En 1905 actuó en el estallido revolucionario que sirvió como preámbulo a la revolución de 1917. Con extraordinaria audacia y seguridad en los objetivos perseguidos, dirigió el primer Soviet durante 26 días a los 26 años de edad. ¡Extraña coincidencia en este predestinado! Se le destierra nuevamente. Vuelve a fugarse. Después de vagar por toda Europa decide establecerse en Viena, donde residió siete años. Francia, Suiza, Alemania supieron de su actividad incansable. El periodismo y conferencias, diéronle prestigio como escritor y orador de gran jerarquía. La guerra de 1914 lo obliga a abandonar el territorio austriaco. Con su mujer y sus dos hijos se dirige a Zurich y tras dificultades con la policía, pasa a París en donde se establece. Publica, en la capital francesa, un periódico internacionalista y pacifista —"Nuestra Palabra"—, en cuyas páginas libra porfiada lucha contra los sectores imperialistas de los dos bandos en guerra. En 1916 es expulsado, también, del territorio francés.

En aquel entonces se cierran para Trotsky todas las fronteras. Años más tarde, viviría la misma tragedia.

La policía francesa lo conduce a España, denunciándolo a las autoridades madrileñas como peligroso anarquista. Fue encarcelado y, un mes después, es enviado a Cádiz de donde le permiten embarcarse a Nueva York.

Apenas pisa tierra del Nuevo Mundo, toma contacto con los socialistas norteamericanos y emigrados rusos. Con ellos, redacta un diario de lucha contra la guerra. Es un pacifista que temen los gobiernos europeos. En los congresos partidarios, en las conferencias marxistas internacionales, es siempre un combatiente enérgico, mordaz, violento. Lenin, que no lo tuvo de su parte en esa época en cuanto a la estructura intrínseca del partido bolchevique, lo respeta y lo

admira. No olvida el papel descollante que desempeñara en 1905. Posteriormente, por distintos caminos, llegarían a las mismas conclusiones para el triunfo de la revolución.

En EE. UU. lo sorprende la caída del Zar. Regresa a Rusia; pero antes sufre una detención en Halifax, campo de concentración inglés. En mayo reaparece, por fin, en Petrogrado y, de acuerdo con Lenin, desempeña un papel decisivo en la toma del poder por los bolcheviques.

Comisario de Relaciones Exteriores, inicia el tratado de paz de Brest Litovsk. Asume, en seguida, el Comisariado de Guerra, demostrando dotes sobresalientes de organizador. Le cupo la gloria de crear el Ejército Rojo y derrotar a los Ejércitos coaligados de Europa que combatían al lado de los blancos en contra del régimen soviético.

En la guerra civil demostró un coraje inaudito. Aplastó sin contemplación a los enemigos. Obra suya es la pacificación de Rusia y el triunfo definitivo del bolcheviquismo. "La revolución, en su impulso, pudo ser cruel y brutal; pero era verídica. Proclamaba en alto sus aspiraciones" —dirá más tarde, al fustigar los crímenes del stalinismo.

Enemigo de concesiones, jamás retrocedía ante el adversario. La ascendencia que ejercía sobre las masas nacía de su propia, y extraordinaria personalidad. Fue el líder más popular y el más completo de los revolucionarios rusos.

Manuel Rojas, el escritor chileno, dice de él: "Orador, agitador, panfletista, su aporte a la revolución rusa fue decisivo y definitivo. Su inteligencia y su dinamismo hicieron posible el desarrollo normal del movimiento que culminó en Octubre". Agrega más adelante: "Pero llegó el momento —ese momento que llega en todas las revoluciones— en que al impetu revolucionario sucedió la reacción revolucionaria, es decir, el temor de que la revolución sea un fenómeno de potencialidad ilimitada que llegue a sobrepasar la capacidad de los que la manejan escapando, así a su control, y Trotsky, menos feliz que Lenin que murió tal vez a tiempo, fue echado de Rusia. Sus proyecciones revolucionarias eran demasiado extensas, y su teoría de la "revolución permanente", a pesar de su origen marxista, atemorizaba a los que, muerto Lenin, no tenían ya sino sus propias fuerzas y su propia inteligencia para desenvolverse con la pesada herencia de Octubre".

En 1920, adelantándose a Lenin, había preconizado la Nep; en 1922, propuso la in-

dustrialización, que más tarde realizaría Stalin, pero sin Trotsky; en 1923, luchó virilmente por la democratización interna del partido, para renovar sus directivas, levantar gente joven y evitar la burocratización, lo que le significó posteriormente la expulsión. Con visión del futuro y valorando los acontecimientos bajo un enfoque marxista, pronosticó en 1927 el desastre de la revolución China y la traición de Chan Kay Chek, sin que Stalin y su equipo le hicieran caso. Pero lo que lo eleva por encima de sus contemporáneos es el hecho de proclamar la necesidad, en 1931, de organizar el "frente único proletario", para detener el fascismo y salvar a Alemania de Hitler. Cuando el jefe nazi llegó al poder y se constituyó en un peligro para el régimen soviético y en una amenaza mundial, recién, Stalin y su camarilla, respondieron con los Frentes Populares —que en doctrina era la negación del marxismo— amalgamando en un solo atado a burgueses y proletarios, frenando, por consiguiente, el avance revolucionario de las masas.

Al denunciar al fascismo como el mayor peligro —en 1931— para la humanidad, la Internacional Comunista de la época lo acusó de "sobrestimar las fuerzas del fascismo y estar dominado por el pánico". Junto con preconizar en ese entonces el frente único de todas las organizaciones obreras y la formación sistemática de las milicias proletarias, la Internacional stalinista le opuso la absurda teoría del "social-fascismo". Así lograron aniquilar a los social-demócratas, en la creencia —según lo afirmaron—, que en seguida terminarían con los fascistas. Los resultados son conocidos. La historia ha escrito con sangre las consecuencias, cuyo crimen mayor fue la guerra.

Su vida como escritor fue fecunda y brillante. En 1906, al huir por segunda vez de Siberia, publica un pequeño libro, "De ida y vuelta", donde describe su viaje al destierro y su fuga al extranjero. "Resultados y perspectivas", ensayo escrito en la Cárcel, en que analiza los hechos más culminantes de la revolución de 1905. "Terrorismo y Comunismo", obra en respuesta a Kautsky, escrita en plena revolución, cuando se lo permitían los breves intervalos en la creación del Ejército Rojo y en su propia conducción. "El triunfo del bolcheviquismo" en que, junto a "Disciplina, trabajo y orden", formula las razones de la disolución de la Asamblea Constituyente por los bolcheviques y justifica la "dictadura del proletariado" como único medio de consolidar la revolución y

prepararla para una etapa en que realmente pueda ejercerse la democracia, una vez desaparecido el capitalismo. Muerto Lenin y desencadenada la lucha dentro del partido, publica "Lecciones de Octubre", en el cual deja mal parados a dirigentes del Comité Central que vacilaron al tomarse los acuerdos para la conquista del poder. Pero, sus obras de mayor envergadura son: "El gran organizador de derrotas", donde expone la tesis de la oposición a las del stalinismo dentro de la Internacional; "La revolución desfigurada", en cuyas páginas rectifica las falsificaciones del Instituto Histórico del Partido escritas con ocasión del X Aniversario de la Revolución de Octubre y protesta del fraude a que se entrega esa institución en su lucha contra el "trotskismo". Se insertan, a la vez, cuatro discursos pronunciados ante las autoridades del partido en 1927, durante el período de lucha ideológica entre la oposición y la fracción stalinista.

En los últimos meses de 1929 y el año 1932, dio cima a su monumental "Historia de la Revolución". Fue la oportunidad ofrecida por el destino para que narrara en toda su magnitud —como protagonista— las fuerzas motrices que originaron el gran acontecimiento y el papel representado por el partido en el desarrollo de él. Por esa época figura también, como una obrita clásica de la literatura revolucionaria, su famosa conferencia a los estudiantes daneses sobre "La Revolución Rusa".

En 1928, inmediatamente de llegar a Constantinopla, redactó "Mi Vida", obra autobiográfica de rico contenido histórico y filosófico. Vale la pena transcribir estas líneas: "El marxismo se considera como la expresión consciente del proceso inconsciente de la historia. Pero este proceso "inconsciente" —inconsciente en sentido histórico-filosófico, no psicológico— sólo se funde con su consciente expresión en sus cimas culminantes, cuando las masas, por un desencadenamiento arrollador, rompen las compuertas de la rutina social y plasman victoriosamente las necesidades más profundas de la evolución histórica. En instantes como éstos, la suma conciencia teórica de la época se fragua con los actos más inmediatos de las masas más bajas y miserables y más alejadas de la teoría. Esta unión creadora de lo consciente y lo inconsciente, es lo que suele llamarse inspiración. Las revoluciones son momentos de arrebatadora inspiración en la historia".

"En un momento dado, las fuerzas todas

del espíritu, puestas en suprema tensión, ciñen la actividad personal entera, fundida con el movimiento de la masa. Tales fueron los días que vivieron los "directores" de las jornadas de Octubre. Las fuerzas más recatadas del organismo, sus instintos más profundos, hasta ese fino sentido del olfato, herencia de nuestros antepasados animales, se irguieron, hicieron saltar los diques de la rutina psicológica y pusieron al servicio de la revolución. Estos dos procesos, el individual y colectivo, reposaban en la fusión de lo consciente con lo inconsciente, del instinto, que es el resorte de la voluntad, con las más altas generalizaciones de la idea".

Posteriormente a estas obras, Trotsky publicó decenas de folletos y libros. Sobresalen: "La Revolución Permanente", "La Revolución Traicionada", "Su Moral y la Nuestra", "Lenin", "Stalin", "Los Crímenes de Stalin", "Manifiesto sobre la Guerra", "España última advertencia", etc.

A sus condiciones de escritor y revolucionario, debe agregársele la de gran orador. Haya de la Torre, que en 1924 lo escuchó en un discurso sobre "imperialismo", dice en "Ex Combatientes y Desocupados", lo siguiente:

"Un joven estudiante me ha referido algunas anécdotas del poder avasallante de la oratoria de Trotsky, cuando llegaron a su aldea las tropas rojas, avanzando hacia Polonia en 1920. Recuerda que tenían hambre, que iban abrumadas por la fatiga y denunciaban síntomas notorios de desmoralización. Trotsky no había aprobado la empresa sobre Varsovia, pero Lenin y la mayoría la habían decidido. Era necesario seguir. Aquella noche, Trotsky reunió a las tropas cansadas e insatisfechas. Les habló. Su discurso —y esto es lo que recordaba el estudiante— fue una sacudida tremenda. El caudillo habló dos, tres horas; nadie podría recordarlo. Pero los muchachos del ejército se olvidaron del hambre y del agotamiento y aún del sueño. Trotsky les demostró que no era posible dormir ni comer antes de triunfar. Les dijo que aquella misma noche debían continuar la marcha, y ganar un combate antes de la aurora. "Vosotros debéis vencer y debéis marchar alegremente. Estamos en el camino de conseguir una victoria que salvará a la Patria proletaria de sus enemigos. Camaradas: ¡adelante!..."

"Frenéticos, voceando los llamados de la Revolución, se lanzaron los soldados contra el enemigo y antes del amanecer lo habían barrido y avanzado muchos kilómetros."

"Eso, —me decía el estudiante con el mis-

tico temblor de los entusiasmos rusos— lo ví yo. Fue mi despertar revolucionario. Por eso Trotsky vivirá siempre en mi corazón".

Con tales antecedentes —agrega Haya de la Torre— fue a oírle en un gran discurso del 31 de julio de 1924, en el Teatro de la Revolución. Y dice: "Trotsky es un orador magnetizante... Modula la voz maravillosamente. Su gesto es cambiante y siempre atractivo. Su tono varía y la potencia de su impulso vocal está perfectamente controlada, como en las llaves de un órgano. Puede ser bajo profundo o clarín metálico. Es, en el sentido moderno y noble del concepto, insigne orador. Gesto, manós, elocución, todo se une en gran armonía de sinceridad y de soltura, de dominio y de certidumbre".

"El público que ululó su clamor de coro multitudinario, al compás de un aplauso cerrado y tonante, cuando apareció en la tribuna, había caído desde el comienzo del discurso bajo la tremenda influencia del poderoso orador. Trotsky mantuvo a su auditorio subyugado y frenético hasta el fin. Cuando llegó al final, Trotsky avanzó sobre el escenario y levantó el tono de su voz, martillando frases cortadas, brevísimas. En este final del discurso observé un fenómeno interesante. Mientras Trotsky hablaba, millares de gentes, que habían escuchado sentadas, iban levantándose en una lenta flexión, hasta ponerse de pie. Y cuando el discurso culminó con las evocaciones finales, se alzó un clamoreo delirante que no he escuchado en Rusia para ningún otro orador. Trotsky, desapareció entre los brazos de los más entusiastas obreros, y la multitud ordenadamente, pero presa de una emoción que no trataban de ocultar las lágrimas en los ojos, las voces enronquecidas, ni los vítores rotundos al gran conductor de muchedumbres".

"Días más tarde —agrega Haya de la Torre— volví a ver al estudiante aquél que me refirió la anécdota de Trotsky en la guerra de Polonia. Podía hablarle ya con más conocimiento de su líder favorito. Le había visto de cerca y hasta tenía algunas otras impresiones personales más próximas que referirle. Y le di la razón".

Termina diciendo el jefe del Apra: "Trotsky no ha perdido el puesto que conquistó ya en la Historia. Y estoy seguro de que su nombre —como lo decía aquel estudiante— ha de vivir siempre en el corazón de buena parte de la juventud rusa" (Leysin, Suiza, diciembre de 1924).

El 1º de diciembre de 1934, Sergio Kirov, miembro del Buró Político había sido muer-

to de un tiro, en el Smonly, por un joven comunista de nombre Nikolaev. No obstante ser interrogado por el propio Stalin, sus declaraciones jamás fueron publicadas. Lo fusilaron junto a cientos de comunistas en los diez días siguientes al atentado. Con este crimen —del que nunca se hizo luz— comienzan las “purgas” en masa y la liquidación de toda la vieja guardia bolchevique. Yagoda, Jefe de la G.P.U., dirige los arrestos y las ejecuciones; conoce, por lo tanto, toda la verdad de tan feroz aniquilamiento. Pero, Stalin, que no desea dejar huellas, ordena también el fusilamiento de Yagoda y sus colaboradores.

Desde ese instante se acentuaron internacionalmente las acusaciones stalinistas en contra de Trotsky. Era el único que sobrevivía de los viejos compañeros de Lenin y a quien había que liquidar en cualquier forma. Cada uno de los que afrontaban el pelotón de fusilamiento lo señalaban de ser el “Jefe” de la conspiración en contra del “amado e infalible camarada Stalin”. Estigmatizado de traidor, contra-revolucionario, terrorista, presionaban diplomáticamente para que ningún país le brindara hospitalidad. Pero se erguía como un gigante en defensa de los realizadores de la revolución y destruía con acerada lógica las calumnias que le formulaban. Nunca se había librado un combate más desigual entre un hombre y uno de los Estados más poderosos del mundo.

Durante esos duros años Trotsky produjo sus mejores escritos. El sufrimiento, las embestidas para asesinarlo, no restaron a su intelecto, ni capacidad ni lucidez de pensamiento. Escribe sobre la Revolución Española; pronostica la guerra y, en un estudio sereno expresa que Stalin llegará a un entendimiento con Hitler; pero que Alemania

está condenada a perder la guerra una vez desencadenada. Así van ocurriendo los hechos; las acusaciones que le formularan de entendimiento con el fascismo alemán, se vuelven contra Stalin, al firmar éste el pacto nazi-soviético.

El 24 de mayo de 1940 su domicilio es asaltado con ametralladoras y salva milagrosamente con su mujer y su nieto. Uno de sus guardias desaparece y es hallado días después asesinado. Sus días están contados. Lo sabe él y sus amigos. ¿O vivirá lo necesario para ver la destrucción del fascismo y los comienzos de una sociedad socialista en el mundo entero, como lo ha venido pregando a través de sus enseñanzas?

¡Por fin, el stalinismo acierta el golpe de muerte! El 20 de agosto, Jacson Monard, que había ganado su confianza y que era agente de la G.P.U., lo asesina cobardemente; mientras leía un artículo en su mesa de trabajo. Falleció al día siguiente a los 60 años de edad.

¡Eran los tiempos de la prepotencia stalinista, demostrado y reconocido públicamente años más tarde —y en forma oficial— a nombre del C.C. del Partido Comunista de Chile, por su dirigente Volodia Teitelboin, que pidió “excusas” al Partido Socialista por su prepotencia. Reflejaba, nada menos, que las decisiones del Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la URSS, célula matriz del comunismo internacional, que ratificó las denuncias de León Trotsky sobre los crímenes de Stalin y su pandilla por intermedio del Primer Ministro y Secretario General del partido, camarada Nikita Khrushchev.

La historia y las generaciones presentes y venideras, sabrán hacer justicia a esta gran figura del pensamiento marxista.

Nuestra oligarquía no se vanagloria de explotar el fierro o el cobre, sino de producir vino.

(Tancredo Pinochet Lebrun: “Oligarquía y democracia”, 1917).

En Chile existen dos industrias. Una, la de los rotos que recortan las carabinas para robarles a los ricos y la otra, la de los ricos que recortan los pesos para robarles a los rotos.

(Palabras del diputado Francisco Puelma Tupper).